

beraciones y señaló un sistema general de política por cuyo medio introdujo la unidad en sus planes, y consiguió que todos caminasen de concierto al logro de un importante resultado.

La cualidad mas notable de su espíritu era su buen juicio que es el mejor equivalente del ingenio en un gobernador que tiene en su mano la suerte de sus semejantes y es todavía mas necesario que el ingenio mismo. En Gasca, todas las cualidades estaban combinadas con tal armonia que no habia lugar á esceso, antes parecian moderarse unas á otras. Mientras que su amor á la humanidad le revelaba la naturaleza de sus necesidades, su razon le señalaba hasta qué punto podian remediarse y le indicaba los mejores medios de lograrlo. Ni malgastaba sus fuerzas en proyectos ilusorios de beneficencia, como Las Casas, ni tampoco autorizaba la conducta egoísta de los colonos. Solo aspiraba á lo practicable: al mayor bien posible.

Para llegar á su fin tenia á menos el valerse del fraude ó de la violencia. Fiaba el éxito á su facilidad en convencer á los demas, y la base de su poder fué la confianza que supo inspirar en su desinterés. En medio de las acostumbradas calumnias de los partidos, nunca tuvo cabida la menor sospecha contra la integridad de Gasca. ⁴¹ No es maravilla que un vir-

⁴¹ "Fué tan recatado y es- quisto, cuando del Perú se partió tremado en esta virtud, que pas- para España, por el repartimien- to que de muchos quedó mal to que hizo: con todo esso, ja.

tud tan rara se mirase en el Perú con tanto aprecio.

Hay algunos hombres cuyo carácter ha sido tan admirablemente apropiado á la crisis en que han aparecido, que no parece sino que la Providencia los destinó espresamente para aquel caso. Tal fué Washington en nuestro pais, y Gasca en el Perú. Podemos figurarnos hombres dotados de cualidades mas elevadas, á lo menos en la parte intelectual, que cualquiera de estos dos grandes hombres. Pero en la admirable aptitud de su carácter para vencer las dificultades de su posición, es decir, en la perfecta relacion de los medios con el fin, está el secreto de su triunfo. Por eso pudo Gasca sofocar la revolucion con tanta gloria, y Washington consumir la con mayor gloria todavía.

La conducta de Gasca cuando llegó á las colonias es la mejor muestra de su carácter. Si hubiese venido con el apoyo de una fuerza armada, ó tan siquiera revestido de las insignias de la autoridad, todos le habrian cerrado su corazon y sus manos. Pero el humilde clérigo no inspiraba ningun recelo, y sus enemigos estaban ya desarmados antes que él comenzase sus disposiciones para el ataque. Si impacientado Gas-

jamás nadie dixo del, ni sospe- Fernandez, Hist. del Perú, Par- ché; que en esto, ni otra cosa, se te 1, lib. 2, cap. 95. niiese movido por codicia."

ca por la tardanza de Hinojosa hubiese cedido á las instancias de los que aconsejaban su prision, habria puesto su causa en grande peligro con este acto prematuro de violencia. Pero eligió con mas prudencia el ganar á su enemigo tratando de convencerle.

Aguardó con paciencia del mismo modo la ocasion de entrar en el Perú. Dejó que sus papeles produjesen su efecto en el espíritu del pueblo, y tuvo cuidado de no meter la hoz hasta que la mies estuvo madura. De esta suerte, á cualquiera parte que iba ya encontraba todo preparado para recibirle, y cuando puso el pié en el Perú ya contaba el país por suyo.

Despues de haber tratado tanto tiempo con espíritus feroces y turbulentos, causa placer el detenerse á contemplar un carácter como el de Gasca. En la larga procesion que ha pasado por delante de nosotros no hemos visto mas que el armado caballero blandiendo su lanza ensangrentada, y montado en su corcel de guerra, que atropella y pisotea los indefensos indigenas, ó pelea contra sus amigos y hermanos: feroz, arrogante y cruel, solo le arrastra la sed de oro, ó el amor poco mas honroso de una gloria bastarda. En medio de estas cualidades hemos visto brillar algunos destellos del carácter romántico y caballeroso de los siglos heróicos de España; pero salvo algunas escepciones honrosas, la esco-

ria de su caballería fué la que pasó al Perú para alistarse en las banderas de los Pizarros. Al terminar esta larga fila de feroces guerreros vemos venir al pobre y humilde misionero que llega al país con una mision de misericordia, y proclama por todas partes las alegres nuevas de la paz. No anuncian su llegada las trompas guerreras, ni se conoce el camino que lleva por los lamentos de los heridos y moribundos. Los medios que emplea están en perfecta armonia con sus fines. Sus armas son el raciocinio y la persuacion; quiere vencer la razon, no el cuerpo; y va avanzando lentamente por medio de la conviccion y no de la violencia. Aspira á un triunfo moral, mas poderoso y por fortuna mas duradero que el del ensangrentado conquistador. Al verle ir caminando poco á poco y sin sentirlo, por hablar así, á tan grandes resultados, nos recuerda el modo lento é imperceptible con que la naturaleza verifica sus cambios en el mundo material, los que permanecen cuando la furia de los huracanes ha pasado y nadie se acuerda de ellos.

Con la mision de Gasca termina la historia de la Conquista del Perú. La conquista rigurosamente hablando, termina cuando fué sofocada la rebelion de los Peruanos, es decir, cuando el poder y acaso el ánimo de la raza inca quedó destruido para siempre. El lector, sin embar-

go, es natural que tenga curiosidad de seguir hasta su término la carrera de la notable familia que llevó á cabo la conquista. Ni la historia de la invasion quedaria completa sin una noticia de las guerras civiles que resultaron de ella, la que sirve ademas como de un comentario moral sobre los sucesos precedentes, por donde viene á conocerse, que cuando se da rienda suelta á pasiones feroces y desordenadas, el castigo cae tarde ó temprano, aun en esta vida, sobre las cabezas de los delincuentes.

Es cierto que se renovaron las alteraciones del pais despues que hubo partido Gasba. Las olas estuvieron demasiado enfurecidas para que de un golpe se calmasen; pero se sosegaron poco á poco con el prudente gobierno de sus sucesores, que tuvieron bastante juicio para aprovecharse de su política y de su ejemplo. De esta manera continuó siendo útil la influencia del buen presidente despues que él se retiró del teatro de sus labores, y el Perú tan agitado hasta entonces, siguió gozando de tanta tranquilidad como cualquiera otra porcion del imperio ultramarino de España. Con la benévola mision de Gasca puede, por tanto, terminar sus trabajos el historiador de la conquista, sintiendo en su ánimo una sensacion semejante á la del viagero que habiendo caminado largo tiempo por entre los espesos bosques y peligrosos desfiladeros de las monta-

ñas, da al fin vista á un hermoso valle donde todo respira paz y tranquilidad.

Agustin de Zárate, autoridad muy respetable citada muchas veces en la parte final de esta obra, era *Contador de Mercedes* de Castilla. Desempeñó este empleo durante quince años, y al cabo de ellos le envió el gobierno al Perú para que examinase el estado de la hacienda de la colonia, que se habia desarreglado mucho durante las últimas revueltas, y la pusiese en orden si era posible.

Zárate marchó, pues, con la comitiva del virey Blasco Nuñez, y por causa de las pasiones de su imprudente gefe se vió pronto envuelto entre las enmarañadas redes de las discordias civiles. En la lucha que resultó de ellas se puso de parte de la Real Audiencia, y estaba en Lima cuando Gonzalo Pizarro se acercó á aquella capital. Los oidores comisionaron á Zárate para que fuera á conferenciar con el gefe insurgente y le exigiera que deshiciese su ejército y se fuese á vivir en sus haciendas. El historiador desempeñó la comision, aunque no era muy de su agrado segun parece, y á la verdad que no dejaba de ser peligrosa. Desde entonces figura ya muy poco en las tumultuosas escenas que se siguieron. Probablemente solo tomó en los negocios

aquella parte que las circunstancias hacian indispensable; pero el giro desfavorable de sus observaciones sobre Gonzalo Pizarro da á entender, que por mucho que le disgustase la conducta del virey, no aprobaba de modo alguno la criminal ambicion de su contrario. Los tiempos eran sin duda los menos favorables para introducir en la hacienda las reformas que venia á hacer Zárate; pero mostró tanto celo por el buen servicio del emperador, que á su regreso le manifestó este su satisfacción nombrándole director de las rentas de Flandes.

Parece que á poco de su llegada al Perú formó el designio de referir á sus paisanos de la metrópoli los estraños sucesos de las colonias, los que proporcionaban ademas algunos pasages notables para el estudio del historiador. Aunque llevó diarios y tomó apuntes con este objeto segun dice, no se atrevió á usar de ellos hasta que regresó á Castilla. “No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relacion,” (son sus palabras) “porque solo haberla allá començado me hubiera de poner en peligro de la vida con un Maestre de Campo de Gonzalo Pizarro que amenazaba de matar á cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido que no de memoria y perpetuidad.” Ya el lector habrá conocido que este Maestre de Campo es el aguerrido teniente de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carbajal.

Vuelto Zárate á su país se dedicó á poner en órden su obra. Pensó al principio reducirla á los sucesos posteriores á la llegada de Blasco Nuñez; mas pronto echó de ver que para darle la claridad necesaria era preciso tomar desde su origen el hilo de los acontecimientos. Ensancho, pues, su plan y comenzando desde el descubrimiento del Perú, formó un cuadro completo de la conquista y de la pacificación del país, terminando su narracion con el regreso de Gasca. Para el principio de su historia se valió de los informes de personas que habian tenido una parte principal en los sucesos. Es mas conciso en esta porcion de su obra que en la que comprende los sucesos en que él fué al mismo tiempo testigo y actor; y aquí su testimonio es del mayor peso, considerando las ventajas que le daba su posicion para averiguar la verdad.

Alcedo, en su *Biblioteca Americana, MS.*, dice que la obra de Zárate tiene muchas cosas buenas, pero que no es muy recomendable por su exactitud. Escribió, á la verdad bajo la influencia del espíritu de partido, que inevitablemente contribuye á estraviar alguna cosa el juicio mas recto. Esto es preciso no olvidarlo cuando leemos las relaciones de personas que han defendido alguna causa. Mas no se advierte en él ninguna intencion de sacrificar la verdad á la defensa de su partido, y como tenia abiertas las

mejores fuentes, refiere con frecuencia muchos pormenores que no supieron los otros cronistas. Su narracion está ademas adornada de reflexiones juiciosas y de breves comentarios, que iluminan con algunos destellos de luz los pasages oscuros de aquella época agitada. Pero el estilo del autor no es muy notable por su exactitud ni por su elegancia. Sus periodos los alarga de aquel modo fastidioso é interminable propio de las difusas composiciones de los legítimos cronistas monásticos de los tiempos pasados.

La necesidad que traia consigo una obra semejante de tocar mas ó menos á las personas, hizo que el autor se resistiese á publicarla, á lo menos durante su vida. Debido á la delicadeza de hidalgo castellano, "el que hizo cosa indebida," dice, "por livianamente que se toque, siempre quedará quejoso de haber sido el autor demasiado en la culpa de que le infama, y corto en la disculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente nunca dejará de culparle de corto, porque no refirió mas copiosamente su hecho hasta henchir un gran volumen de solas sus alabanzas." Y añade que está persuadido de que obra cuerda-mente el que deja dormir manuscritas las historias contemporáneas, hasta que pasa la generacion a que pertenecen. Su manuscrito, sin em-

bargo, fué presentado al émperador, y le agradó tanto que Zárata cobró ánimo y consintió en darlo á la prensa. Publicóse por primera vez en Amberes el año de 1555 en octavo, y se hizo segunda edicion en Sevilla el de 1577, en folio. Despues le incluyó Barcia en su preciosa coleccion, y sea cual fuere la indignacion y el disgusto que causó á sus contemporáneos, quienes no sufrían de buena gana la censura del autor, ó se creían defraudados de los elogios que merecian, la obra de Zárata ha quedado colocada entre las autoridades de mas peso para la historia de aquel tiempo. (*)

El nombre de Zárata recuerda naturalmente el de *Fernandez*, porque ambos trabajaron en el mismo terreno histórico. Diego Fernandez de Palencia, llamado comunmente *el Palentino* por el lugar de su nacimiento, pasó al Perú y sirvió de soldado raso en el ejército real levantado para sofocar los levantamientos posteriores al regreso de Gasca. En medio de sus ocupaciones militares, se dió tiempo de ir reuniendo materiales para la historia de aquel periodo, á lo cual le animó luego el virey Mendoza, Marques de Canete quien le nombró Cronista del Perú, segun nos dice. Esta muestra de confianza en su literatura indica en Fernandez mayores conocimien-

* V. en el Apéndice del autor una nota importante sobre la obra de Zárata al principio del documento N. 14.—N. del T.

tos de los que podian esperarse atendido el humilde puesto que ocupaba. Con el fruto de sus diligencias volvió á España el cronista-soldado, y despues de algun tiempo acabó su historia del levantamiento de Giron.

El presidente del Consejo de Indias vió el manuscrito y le agradó tanto el desempeño que pidió al autor que escribiese del mismo modo la historia de la rebelion de Gonzalo Pizarro y del gobierno de Gasca. El autor fué ademas estimulado, segun dice en su dedicatoria á Felipe Segnudo, con la promesa de un premio que le ofreció aquel monarca para cuando concluyese sus trabajos; promesa muy conveniente y oportuna, pero que sin remedio da idea de una influencia nada favorable á la estricta imparcialidad histórica. Ni esta inferencia dista mucho de lo que en realidad sucede, porque al paso que la narracion de Fernandez presenta al lector la causa real bajo el aspecto mas favorable, hace poca justicia á las pretensiones del partido contrario. Es cierto que no vendria bien una apología de la rebelion en las páginas de un pensionista; pero hay siempre algunas circunstancias atenuantes que pueden servir para mitigar nuestra indignacion contra el criminal, por mas que condenemos el crimen. Estas circunstancias no hay que buscarlas en las páginas de Fernandez. Es una desgracia para el historiador

de aquellos sucesos, que sea tan difícil encontrar quien siquiera aprecie en lo justo las pretensiones de un rebelde desafortunado. Con todo, el inca Garcilaso no ha temido portarse de esta manera con Gonzalo Pizarro, y hasta Gomara, aunque vivia cerca de la corte, ó mas bien en el centro de ella, ha osado aventurar de cuando en cuando una generosa protesta en su favor.

La alta proteccion con que contaba Fernandez le abrió las mejores fuentes de las noticias, á lo menos en lo tocante al partido del rey. Ademas del trato y comunicacion con los gefes realistas, disfrutó de sus cartas, diarios y documentos oficiales. Aprovechó con empeño estas ventajas, y su narracion que comienza desde el origen de la rebelion llega hasta su término y hasta el fin del gobierno de Gasca. De esta manera quedó concluida la primera parte hasta donde comenzaba la segunda, y ambas reunidas presentaban un cuadro completo de los disturbios del país hasta que se introdujo un nuevo órden de cosas, y quedó afianzada la tranquilidad del país.

El lenguaje es bastante sencillo, sin aspirar á flores retóricas fuera del alcance del autor, y que desdecirian del estilo simple de una crónica. Los periodos estan dispuestos con mas arte de lo que suele verse en las pesadas composiciones de aquel tiempo; y al paso que no se le nota empeño de ostentar erudicion ó meterse

á especulaciones filosóficas, la narracion de los sucesos marcha con orden, y con harta prolijidad por cierto; pero deja en la mente del lector una impresion clara y distinta. No hay historia de aquella época que pueda compararse con esta en la abundancia de pormenores, y por lo mismo ha sido una mina inagotable para llenar las páginas de los compiladores modernos; circunstancia que por sí sola puede considerarse como una prueba no despreciable de lo exacto y copioso de la narrativa.—La crónica de Fernandez, dividida así en dos partes y con el solo título de *Historia del Perú*, se dió á luz en Sevilla, viviendo aun el autor, el año de 1571, en un volumen en folio, y esta edicion he tenido á la vista para trabajar mi obra.

APENDICE DEL AUTOR.